

Sexo en(tre) blanca y negro*

Arnaldo Valero
Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres
Universidad de los Andes, Mérida
Correo electrónico: arnval@ula.ve

Resumen

El interés y la paranoia que despertaban el contacto interracial en las sociedades coloniales del Nuevo Mundo pueden ser estimados en su justa dimensión si se piensa que en la colonia francesa de Saint Domingue fue elaborada una taxonomía racial que abarcaba 128 divisiones entre blanco y negro. En la mitad de esa clasificación estaban los mulatos, los hijos de blancos puros y negras puras. A un paso de la cima estaban los *sang-mêlés*, que tenían 127 partes de sangre blanca y una negra, la mácula de origen que hacía de ellos personas de color, es decir, racialmente inferiores. Toda esa genealogía interracial se desprendió de un mismo hecho: la atracción que ejercían las mujeres de color sobre los hombres blancos. Esa es la norma de la libido colonial. Nuestra contribución versará sobre las “anomalías” eróticas, psíquicas y políticas derivadas de la violación de esa norma, es decir, abordará las consecuencias del sexo entre una mujer blanca y un hombre negro. C.L.R. James, William Faulkner, Frantz Fanon, Dany Laferrière y Andrea Levy nos ayudarán a ilustrar lo que supone esa anomalía erótica en términos de imaginario.

Palabras claves: sexo interracial, Faulkner, Fanon, Laferrière, Levy.

Abstract

The interest and paranoia created by interracial contact in New World colonial societies can be accurately assessed if one considers that in the French colony of Saint Domingue a taxonomy of race was designed which established 128 categories of black and white racial miscegenation. Containing equal proportions of the two races were the

* Este artículo ha sido posible gracias al apoyo suministrado por el CDCHTA de la ULA bajo el código H-1450-13-06-B.

mulattoes, the offspring of pure white men and pure black women. A little further down were the *sang-melés*. They had 127 parts of white blood and one part of black blood; this was the original sin which made them persons of colour, that is, racially inferior people. The entire interracial genealogy stemmed from one single phenomenon: the attraction which women of colour held over white men. Therein lies the norm of colonial libido. Our presentation will deal with the erotic, psychic and political “anomalies” that derived from the rupture of that norm, that is, it will include a study of the consequences of sex between a white woman and a black man. In this we will be assisted by C.L.R. James, William Faulkner, Frantz Fanon, Dany Laferrière and Andrea Levy who will help to show the significance of that abnormality in terms of the imaginary.

Keywords: interracial Sexual Relationships, Faulkner, Fanon, Laferrière, Levy.

El 2 de febrero de 1802, un contingente de 12.000 hombres comandados por el general Leclerc llegó al puerto de Le Cap para instaurar en la colonia de Saint-Domingue el Antiguo Régimen, es decir, para revocar el decreto con el que la esclavitud había sido abolida en febrero de 1794. Según C.L.R. James, las instrucciones que traía el cuñado de Napoleón Bonaparte para cumplir su cometido eran las siguientes: en primer lugar debía arrestar y deportar a Toussaint Louverture, el oficial negro que había conducido a la más preciada posesión de Francia en el Caribe al umbral de la independencia. Logrado este objetivo, debía fracturar el poderío militar de los negros, arbitrando las medidas necesarias para que en toda la isla no quedara ningún hombre de color con un rango superior al de capitán. Lo otro iba más allá de la estrategia militar, tenía que ver con un aspecto clave del orden colonial: la aristocracia de la piel. Para restaurarla se requería que todas las mujeres blancas que se hubiesen “prostituido” con hombres negros fuesen deportadas (Cfr. James, 2003: 271-273).

Según el autor de *Los jacobinos negros* (1938),

Bonaparte conocía la imperialista importancia de un adecuado respeto a las blancas por parte de los nativos. Los antepasados no daban por concluida una conquista hasta que el vencedor

no se hubiese acostado con la esposa o con la hija del monarca vencido. No es fácil inculcar el adecuado complejo de inferioridad a un hombre que se ha acostado con tu hermana (James, 2003: 272).

A principios del siglo XIX no existía un lugar en el mundo donde el supremacismo blanco hubiese perdido más terreno que Saint-Domingue. Desde el momento en que tomó el control de esa colonia, Toussaint L'Ouverture demostró unas dotes de estadista sólo equiparables con su talla como estrategia militar. La serie de medidas políticas y administrativas que aplicó en el territorio bajo su control hizo que ciudades como Le Cap experimentaran un esplendor sin precedentes. Allí, Toussaint L'Ouverture ordenó la construcción de un hotel con visos de palacio en cuyo restaurant a diario coincidían blancos, mulatos y negros. Con el paso del tiempo, se hizo habitual que los oficiales de color cortejaran a las mujeres blancas en público y que ellas demostraran la atracción que sentían por ellos. Ese tipo de escenas perjudicó el orden colonial porque, como ha sido señalado por Frantz Fanon en *Piel negra, máscaras blancas* (1952):

Como el blanco es el señor (...) puede darse el lujo de acostarse con muchas mujeres. Esto es cierto en todos los países y más aún en las colonias. Pero si una blanca acepta a un negro la cosa adquiere automáticamente un aspecto romántico. Hay ofrenda, no violación (2009: 68).

Si el cabal restablecimiento del Antiguo Régimen en Saint-Domingue ameritaba la deportación de toda mujer blanca que hubiese sido amante de un negro, entonces podría decirse que los cimientos de la grandeza imperial francesa residían en que todo posible contacto entre negros y blancas fuese considerado tabú. Según Freud, “en el tabú el contacto prohibido no tiene, según toda evidencia, una significación únicamente sexual; lo que está prohibido es el hecho de afirmar, imponer o hacer valer la propia persona” (Freud, 1999: 90). En otras palabras, podría decirse que ha sido en el fragor del erotismo interracial que el negro llegó a percibir y conquistar su condición de hombre. Ergo, uno de los grandes temores de Napoleón era que esa afirmación de sí trajera consigo el fin del sistema esclavista y del imperio francés.

Seguidamente, ofreceremos un breve panorama basado en algunas obras de ficción que versan sobre las consecuencias que ha traído consigo la transgresión de la prohibición fundamental del orden colonial. Nuestros personajes centrales serán la mujer blanca que se entrega al negro, no la que es violada por este, y el hombre de color que afirma su valor como persona al poseer sexualmente a una blanca. Las representaciones que William Faulkner, Dany Laferrière y Andrea Levy han hecho sobre el erotismo transracional serán nuestros hitos en este recorrido.

1. Principios de la segregación en los escenarios multiraciales

Édouard Glissant prefiere hablar de “América de la Plantación” en vez de Caribe para hacer referencia a esa región de nuestro continente cuyos ejes estructuradores han sido la casa grande y la senzala, la residencia del amo blanco y los barracones de los esclavos negros. La “América de la Plantación” se extendería desde el Sur de los Estados Unidos hasta el Nordeste de Brasil. Uno de sus escenarios más representativos sería el condado de Yoknapatawpha, esa comarca literaria concebida por William Faulkner que ha llegado a ser vista como un precedente de la aldea de casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas por José Arcadio Buendía.

En *¡Absalón, Absalón!* (1936) la novela que relata la historia de los Sutpen, los propietarios de la plantación algodonera más imponente de Jefferson, Yoknapatawpha, podemos destilar las leyes fundamentales de las relaciones inter raciales en la «América de la Plantación». Helas aquí:

1. La diferencia racial hacia que las mujeres fuesen divididas en tres categorías: damas, cortesanas y hembras. Las primeras estaban destinadas a casarse con los caballeros, las cortesanas a satisfacerlos a cambio de una buena suma de dinero; mas, el verdadero basamento de las damas, es decir, quienes habían hecho posible que varias generaciones de jóvenes blancas llegasen vírgenes al altar eran las esclavas.

2. Al tener una amante de color, el plantador sureño no solo resguardaba la “granítica pureza de la estirpe puritana” (Faulkner,

1951: 117), sino que decantaba “la suprema apoteosis de la esclavitud” (Ibidem., 120): la carne humana engendrada por dos razas para ser vendida.

Ya sea que semejante visión del mundo nos resulte abominable o insólita, hay algo adicional:

3. Nada resulta más aterrador para los señores de Yoknapatawpha que la posibilidad de ver mancillada la estirpe por la sangre negra, por muy pequeña que sea esa “herencia de humillación y daño” (Faulkner, 1951: 329). Nada es más temido. Ni siquiera el incesto.

Esas son las leyes que rigen el ominoso universo masculino blanco retratado por William Faulkner en *¡Absalón, Absalón!* Sin embargo, Rosa Colfield, una mujer blanca que no corrió con la fortuna de casarse, sentenciará:

[H]ay algo en el contacto de una carne con otra que abroga, corta con tajo hondo y certero las revueltas intrincadas y tortuosas del decoro tradicional. Los enemigos lo saben tan bien como los enamorados, pues eso los convierte en lo que son; ese contacto de la verdadera ciudadela del Yo, de su íntimo reducto (...) [D]ejad que la carne toque la carne y veréis caer los frágiles prejuicios de la casta y el color (Faulkner: 1951: 150).

Para esa mujer cuya existencia sería equiparable a un inmenso limbo de soledad la segregación entre blancos y negros representaba un callejón sin salida. De ahí que al final de sus días expresara su anhelo por un mundo distinto. El punto está en que, según el autor de *Tótem y tabú* (1913), “cuando el ejemplo de un hombre que ha transgredido una prohibición induce a otro hombre a cometer la misma falta (...) la desobediencia de la prohibición se (...) [propaga] como un mal contagioso” (Freud, 1999: 46). Y buena parte del norte existencial de los personajes de Faulkner consiste en que eso jamás suceda. Para ellos es preferible el incesto a la posibilidad del contacto entre blancas y negros.

Los hechos relatados en *¡Absalón, Absalón!* abarcan todo el siglo XIX y contienen la visión del mundo de quienes combatieron bajo la bandera confederada durante la Guerra de Secesión. Quizás ese orden se mantuvo intacto en toda la «América de la Plantación» hasta

principios del siglo XX. Sin embargo, el proceso de descolonización iniciado tras la II Guerra Mundial hizo que un vasto contingente de antillanos probara suerte en las antiguas metrópolis imperiales. En las embarcaciones que llevaron a miles de jamaicanos, trinitarios, guyaneses, martiniqueños y un significativo etcétera de caribeños a la Madre Patria viajaron decenas de hombres negros cuya urgencia subjetiva era satisfacer el deseo de dominar a la europea. No es casual que al entrevistar a algunos antillanos, el autor de *Piel negra, máscaras blancas* se enterara de que “la preocupación más constante de los que llegaban a Francia era acostarse con una blanca. Apenas llegados a Le Havre se dirig[ía]n a los burdeles. Una vez cumplido ese rito de iniciación de la «auténtica» virilidad, toma[ba]n el tren a París” (Fanon, 2009: 85).

Una obra clave para determinar las consecuencias que trajo consigo la imposición de la potencia genital negra a las restricciones sexuales del orden colonial es *Small Island* (2004), la novela con la que la escritora inglesa Andrea Levy dramatiza la manera como Inglaterra pasó a ser una nación multirracial. Una de las moralejas que aflora tras su lectura es que la simiente de la transformación del Reino Unido en un escenario multicultural está en el encuentro de la mujer blanca que acepta de manera romántica al negro que halla en ella la máxima propiedad de revestimiento. Sin embargo, tales eran los niveles de transgresión de este tipo de unión, que en la novela llega a darse por la presencia de tropas de color en el territorio inglés, que la mayoría de esas mujeres no tuvieron el valor de asumir la maternidad de los niños que fueron fruto de esa relación. Desde que comenzó la Segunda Guerra Mundial, los orfanatos ingleses se inundaron de niños de piel oscura en tal cantidad que el gobierno consideró deportarlos a los Estados Unidos. En el fondo, todo aquello no era más que otro de los profundos trastornos y alteraciones causados por ese huracán de la historia que fue la guerra ocurrida entre 1939 y 1945.

2. Entre Freud y el jazz

La tercera parte de nuestras reflexiones versará sobre *Comment faire l'amour avec un Nègre sans se fatiguer* (1985), el performance

de un joven escritor negro que lleva la lucha racial a las entrañas de la identidad blanca. ¡Literalmente!

En una entrevista concedida a Carrol Coates, Dany Laferrière, el escritor de origen haitiano que migró a Montreal en 1976 huyendo de la dictadura de Jean-Claude Duvalier, cuenta que su primera novela, que narra las vicisitudes de dos jóvenes inmigrantes negros que sobreviven en un miserable apartamento de la Rue Saint-Denis, Montreal, gracias a su capacidad para seducir jóvenes universitarias blancas y adineradas, tiene algo de autobiográfico, pues recoge sus propias experiencias como inmigrante de color, pero también da cuenta de las vivencias de aquellos amigos antillanos que hicieron de Canadá su segundo hogar. Por consiguiente, más que obedecer a una simple pulsión iconoclasta, muchas de las afirmaciones contenidas en esas páginas son fruto de haber reflexionado, a partir de experiencias concretas, sobre las leyes o principios del sexo entre negros y blancas.

A medida que se avanza en la lectura de *Comment faire l'amour avec un Nègre sans se fatiguer* se advierte que ese negro y esa blanca cuyo acoplamiento resulta tan explosivo poseen ciertas particularidades. Él se distingue por haber descubierto que hacerse la víctima de la historia, o proclamarse ofendido por ella, da buenos dividendos. Por su parte, ella ha recibido los bienes, los valores y la educación de sus padres, pero también siente que ha heredado las culpas de sus ancestros, quienes traficaron y compraron esclavos, sometieron pueblos por mor de la grandeza imperial y aniquilaron a quienes no compartían su credo religioso. Y no solo eso, esa chica blanca también cree que puede expiar las culpas de sus ancestros compensando a los herederos históricos de sus víctimas. En pocas palabras: en ella la entrega no obedece exclusivamente al romance sino a la culpa.

Michael Roberts, el negro seductor de *Small Island* siente verdadera atracción por las mujeres blancas y las seduce valiéndose de todos sus atributos, incluido el porte que le brinda su uniforme de miembro de la Real Fuerza Aérea Británica. Los personajes negros de Laferrière, en cambio, son una especie de chantajistas que han descubierto en la retórica revanchista de la Negritud y del Black Power los dispositivos claves para llevar mujeres blancas a la cama:

¡LA VENGANZA NEGRA Y LA MALA CONCIENCIA BLANCA EN LA CAMA, UNA COMBINACIÓN ATÓMICA! (...) El Gran Negro de Harlem [Le Grand Nègre de Harlem] folla sin parar a la hija del Rey de la Cuchilla, la más blanca, la más insolente, la más racista del campus. El Gran Negro de Harlem experimenta el vértigo de dar por el culo a la hija del propietario de todas las chabolas insalubres de la calle 125 (su barrio), follándola por todas las reparaciones que el cabrón de su padre no ha querido hacer jamás, fornicándola por el horrible invierno del año pasado que se llevó a su hermano tuberculoso. Así, la Joven Blanca se corre como una loca. Es la primera vez que alguien le manifiesta un odio de tal calidad. EN EL ACTO SEXUAL, EL ODIOS ES MÁS EFICAZ QUE EL AMOR (Laferrière, 1997: 20).

Lo notable de la opera prima de Dany Laferrière es que todo ese humor, toda esa irreverencia, todo el desparpajo con que aborda el asunto del sexo entre negros y blancas tiene como fundamento las reveladoras observaciones ofrecidas por Frantz Fanon en *Piel negra, máscaras blancas*. El psiquiatra martiniqueño había advertido que “en el negro que busca acostarse con la blanca hay un deseo de ser blanco” (Fanon, 2009: 46), la necesidad de “extermina[r] en sí mismo y a[n]te sus propios ojos el prejuicio de color que ha sufrido por tanto tiempo” (Ibídem, 84), pero también hay una sed de venganza: no es casual que, ante la mirada del blanco, el único negro bueno sea el negro castrado. El narrador de *Comment faire l’amour avec un Nègre sans se fatiguer* propone contrarrestar la castración alimentando el deseo sexual con odio y revanchismo histórico porque nada puede servir mejor de falo supernumerario que una versión maniquea de la Historia.

De cierta manera, el motivo y el principio estético de esta breve novela es cómo un artista negro canibaliza y posee todo aquello que el mundo occidental tiene de precioso y apetecible, como sus hermosas chicas WASP, pero también cómo es capaz de transformar lo más encumbrado de la tradición judeocristiana. No es casual que en el mismísimo primer capítulo de esa poética del sexo transracional Bouba, el compañero de apartamento del narrador, demuestre que *Tótem y tabú* es la pieza fundacional y fundamental del jazz al leerla con un “delirio fantástico, con una dicción paranoica, y todo sacudido por

pulsaciones jazzeadas al ritmo de los encantamientos de las suras” (Laferrière, 1997: 14). En buena medida, el trasfondo de la novela que representa el debut literario de Dany Laferrière es que, desde los días del jazz, el negro ha amulatado todas las expresiones de la tradición occidental. Lejos de mistificar la tesis del mestizaje o de la miscigenación, o de postular que la literatura se des-occidentaliza, esta breve novela exuda una tesis íntegramente fanoniana: es yendo más allá de nuestros propios límites que iniciaremos nuestro ciclo de libertad.

2. Postal en blanca y negro con mar de fondo

La última escena de esta brevísima trama de la libido colonial la he visto, con leves variaciones, en Barbados, Cuba y Jamaica.

Hastings, Barbados, junio de 2002: un atlético joven negro se ejercita sobre la arena. Su rutina, una mezcla de yoga y gimnasia, le permite exhibir sus atributos físicos ante un grupo de turistas blancas. En promedio, la edad de ellas ronda los 60 años. Él no supera los 25, tiene dreadlocks, lleva un bluejean transformado en atuendo playero y, por la manera como realiza su rutina de ejercicios, se advierte que es bastante diestro en eso de exhibir su cuerpo en público. Encantadas y complacidas con la demostración, ellas sonríen. No ocultan su interés por el rasta. Es obvio que han llegado a un acuerdo: la que haga la mejor oferta se queda con el trofeo de ébano. Esa ha sido la única vez que he presenciado una subasta. En diciembre de 1999 había visto algo parecido, pero no al aire libre. El escenario era una “paladar” de La Habana, uno de esos simulacros de restaurantes que los cubanos se inventaron para sobrevivir al empeño de Fidel de seguir en el poder tras la disolución de la Unión Soviética. En comparación con la mayoría de sus paisanos, él vestía mejor, pero al lado del gim(r)asta de Barbados lucía raquítrico, menguado. El jinetero hacía las veces de guía turístico y mascullaba un inglés básico de supervivencia, el *pidgin* necesario para conseguirse una comisión en divisas, un plato de comida, unos pitusas, cualquier cosa, que la acompañante extranjera de turno paga y dispone. El último *dejà vu* fue al norte de Jamaica, en Ochorrios, en septiembre de 2007. Esta vez,

el trofeo negro era adolescente. Ella era semejante a Divine, la actriz fetiche con sobrepeso de John Waters. Desayunaban en el local de una cadena de comida rápida. Habían ordenado *patties* y café. Con la soltura de quien ya domina su oficio, o ha cuantificado los beneficios del mismo, él le daba de comer. Ella reía ante cada mimo de su joven acompañante. Era feliz, había conseguido una perla negra, una de esas joyas que rara vez son retratadas en las postales caribeñas.

Esta variación de las leyes de la libido colonial ha sido explorada por Dany Laferrière en los relatos que sirvieran de base a Laurent Cantet para la realización del film *Vers le Sud* (2005). El Haití de los años 70, el feudo tropical de Baby Doc, sirve de trasfondo a cuatro monólogos. Ellen, Brenda y Sue, tres mujeres blancas del primer mundo han descubierto en Petite Anse, un hotel de playa, una cantera de jóvenes pobres de raza negra dispuestos a satisfacerlas sexualmente. La contraparte de ese panorama la ofrece Albert, el capitán de meseros del hotel, cuyo abuelo luchó contra los marines estadounidenses en 1915: “Si mi abuelo supiera que soy un mesero de los estadounidenses, se moriría de vergüenza. Hoy, los blancos esgrimen un arma aún más poderosa que los cañones: sus dólares. Todo lo que tocan se convierte en basura”.

Lo notable de la sentencia de Albert es que coincide con escritores e intelectuales antillanos que, desde hace décadas, perciben la industria turística como una nueva forma de colonización. Desde esta perspectiva, el capitán de meseros, quien pertenece a una familia heredera del bravío linaje de Toussaint L’Ouverture, observa con amargura cómo los jóvenes de su tierra han tocado fondo, una vez más. De orgullosos poseedores de mujeres blancas han pasado a poseídos.

Referencias Bibliográficas

- Coates, Carrol. (1999). “An Interview with Dany Laferrière”. *Callaloo*, 22 (4): 910-921.
- Cantet, Laurent (Director). (2005). *Vers le Sud* (DVD)/ Libreto: Dany Laferrière.-Francia-Canadá, Haut et Court-Les Filmes de Séville-France 3 Cinéma-Studio Canal-Société de Développement des Entreprises Culturelles-Québec.

- Fanon, Frantz. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*/Traducción: Ana Useros Martín, Paloma Moleón Alonso e Iria Álvarez Moreno; Introducción: Samir Amin; Prefacio: Inmanuel Wallerstein; Apéndices: Judith Butler, Lewis B. Gordon, Ramón Grosfoguel, Nelsón Maldonado-Torres, Walter D. Mignolo y Sylvia Winter. Madrid: Akal.
- Faulkner, William. (1951). *¡Absalón! ¡Absalón!*/Traducción: Beatriz Florencia Nelson. 2ª. ed., Buenos Aires: Emecé.
- Freud, Sigmund. (1999). *Tótem y tabú*/Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Alianza Editorial.
- Glissant, Édouard. (2002a). *Faulkner, Mississippi*/Traducción: Matilde París: Madrid. México, Turner-Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2002b). *Introducción a una poética de lo diverso*/ Traducción: Luis Cayo Pérez Bueno. Barcelona (España): Ediciones del Bronce.
- James, C.L.R. (2003). *Los jacobinos negros. Toussaint L'Overture y la Revolución de Haití*/Traducción: Ramón García. Madrid-México, D.F.: Turner-Fondo de Cultura Económica.
- Laferrière, Dany. (1983/2002). *Comment faire l'amour avec un Nègre sans se fatiguer*. Quebec: Typo.
- _____. (1997). *Cómo hacer el amor con un negro sin cansarse*/ Traducción: Lluís Maria Todó. Barcelona (España): Ediciones Destino.
- Levy, Andrea. (2006). *Pequeña isla*/Traducción: Daniel Najmías. Barcelona: Anagrama.